

HILOS DE UN MISMO TEJIDO CULTURAL: EL ÁREA MAYA Y LA COSTA DEL GOLFO

TOMÁS PÉREZ SUÁREZ
CEM, IIFL, UNAM

El empleo del concepto de área cultural en la delimitación de regiones geográficas y grupos históricos particulares, si bien ha sido cuestionado por su subjetividad (al poner en un mismo plano objetos materiales, instituciones y creencias), resulta de utilidad a la luz de la experiencia antropológica y ha sido fundamental en el estudio de los distintos pueblos del mundo, siempre y cuando al aplicarlo se tenga presente que las fronteras de estas áreas culturales son ficciones, existentes apenas en la mente de los investigadores y que dicha noción tiene poco sentido para los individuos que ocupan tales áreas.

Esta necesidad de definir un espacio geográfico y social, en el que se manifiestan características culturales comunes, tiene sus antecedentes en la escuela alemana con Adolf Bastian, Leo Forbenius y Friedrich Ratzel, pero fueron Alfred Kroeber y Ruth Benedict los introductores del concepto a la antropología anglosajona de la primera mitad del siglo xx. Un intento pionero en la delimitación de las áreas culturales de América fue el de Clark Wissler en 1922 cuando se enfrentó a las colecciones etnográficas hasta entonces reunidas en los museos. Kroeber, en 1939, propuso una división de América del Norte en áreas culturales puramente espaciales y sincrónicas, que todavía hoy son utilizadas por muchos investigadores.

En el estudio de las culturas precolombinas del México antiguo, fue Paul Kirchhoff quien, en 1943, delimitó y bautizó lo que ahora llamamos Mesoamérica, una de las áreas del continente americano donde se desarrollaron las denominadas "altas culturas", cuyas fronteras se muestran sólidas en partes, mientras que otras, cuando se analizan bajo una visión diacrónica, pueden tambalearse o, francamente, parecen derrumbarse.

Hacia el final de los años cuarenta el nombre de Mesoamérica había empezado a sustituir el de "México y Centroamérica", "Área nahua y maya", "Área nuclear", así como el de "América Media" o "Middle America", designaciones que gradualmente fueron quedando en desuso. Durante los cincuenta el término se consolidó con los trabajos de Ignacio Bernal (1950), Pedro Armillas (1951), Ángel Palerm (1955), Julio César Olivé (1958) y la publicación, en 1960, del libro *Mesoamérica* de Román Piña Chan. Como macro-área cultural ha sido dividida, a su vez, en varias regiones con personalidad propia, pero con un sustrato común que determina su aglutinación en ésta. Piña Chan (1960) apunta que una región es un espacio variable dentro del cual, y en un tiempo determinado, pueden hallarse altos grados de homogeneidad cultural, es decir, una región for-

ma parte de un área mayor y está generalmente determinada por accidentes históricos y geográficos.

Varios años de investigación arqueológica han permitido dividir el ámbito mesoamericano en diversas regiones. El número y el nombre de estos espacios culturales han cambiado con el paso del tiempo, en la medida en que se han refinando los datos, y sobre todo al reconocer las variaciones diacrónicas de estas fronteras que, a fuerza de imágenes en los mapas, nos parecen eternas e inmutables.

Mientras algunas regiones como el Altiplano Central de México, Oaxaca, la Costa del Golfo y el área maya se reconocen sin duda alguna como pertenecientes a Mesoamérica, a otra, como el Occidente de México, le fue difícil mostrar su membresía, la cual hoy en día ya no se discute. Espacios del todo mesoamericanos, pero con problemas de ubicuidad por su pluralidad y diversidad cultural son Guerrero, la Sierra Norte de Puebla y la región que corre paralela al pacífico desde Juchitán, Oaxaca, hasta la mitad occidental de El Salvador. Esta última región funciona como base del área maya y se enlaza, en su extremo occidental, con la Costa del Golfo de México a través del Istmo de Tehuantepec.

Compartiendo una situación semejante —en cuanto a “membresía cuestionada”— se encuentran las regiones localizadas en los extremos mesoamericanos como son el Noroeste de México y el Suroeste de los Estados Unidos (en ocasiones ambas englobadas con los términos Oasisamérica o Gran Suroeste) y, en el otro extremo, la frontera meridional, que abarca desde los confines orientales del área maya hasta la región del Nicoya, localizada en el norte de Costa Rica.

La mesoamericanidad, si es que existe tal término, de la Costa del Golfo de México —región que casi coincide con el actual estado de Veracruz— y del área maya, que trasciende el territorio mexicano, nunca se ha puesto en duda. Incluso se ha aseverado que gran parte de los patrones culturales que definen a Mesoamérica se iniciaron con los olmecas, precisamente en la región de la Costa del Golfo. Defensores y detractores del calificativo “cultura madre”, otorgado en 1942 a los olmecas, siguen sin llegar a un acuerdo convincente. Personalmente, simpatizo con la opinión de Dominique Michelet (1992) quien, en la reseña de picaresco nombre “¿Están las culturas mesoamericanas condenadas a ser huérfanas?”, nos sugiere que si la olmeca no fue la cultura madre de la gran tradición mesoamericana, por lo menos sí fue la partera.

Dada su posición geográfica de vecindad y extremos de un mismo hilo cultural, la Costa del Golfo y el área maya muestran notables vínculos de diversa naturaleza observados tanto en el ámbito arqueológico como en el lingüístico. El tema no es del todo novedoso, ya que algunas Mesas Redondas de la Sociedad Mexicana de Antropología han tratado esta problemática,¹ pero al igual que el caudal de los grandes ríos de la vertiente del Golfo, no se agota. Por el contrario, nos enseña que los datos y los resultados obtenidos en éstas y otras reuniones académicas, apuntan a que desde el Preclásico al Clásico, o desde el Posclásico a la época colonial y contemporánea, el tema muestra una amplia gama de tópicos susceptibles de ser analizados desde distintas ópticas.

¹ Baste recordar la segunda, llamada “Mayas y olmecas”, que se celebró en 1942, o la de 1951, denominada “Huastecos, totonacos y sus vecinos.”

Su comprensión demanda la concurrencia de numerosas disciplinas, ya sean científicas o humanistas, que aporten sus particulares puntos de vista y sus resultados. En este ensayo, dada nuestra formación arqueológica, nos abocaremos a señalar solamente algunos aspectos relativos a la época prehispánica. Muchos quedaron fuera de nuestro alcance, no por ser menos importantes sino por la falta de tiempo y capacidad ante lo complejo de la temática.

El problema lingüístico

Al igual que la mítica Babel, la diversidad lingüística americana se pierde en la oscuridad del tiempo. Investigar el origen de las numerosas familias lingüísticas que integran a la población precolombina, no se explica con la sencilla destrucción de tan pretenciosa torre. La diversidad que se observa entre las lenguas americanas es compleja a pesar de ser éstas productos de tiempos relativamente recientes, ya que el poblamiento del continente americano apenas excede los 20 000 años. Lapso que contrasta con el millón de años que se le atribuye a la humanidad en el Viejo Mundo.

El origen del hombre americano, con profundas raíces asiáticas, no fue producto de una sola migración, ni de un solo grupo a un mismo tiempo. Las posibilidades de paso entre Asia y América, como consecuencia del fenómeno glaciario, fueron viables por más de 10 000 años. Así, al carácter multiétnico y multilingüístico de sus procedencias a lo largo de ese tiempo habría que sumar la diferenciación interna que han sufrido estas lenguas en el continente americano desde su arribo.

Estudios lingüísticos cada vez más precisos, además de refinar la taxonomía de las lenguas mesoamericanas, han propiciado el establecimiento de correlaciones entre la información lingüística y la de estudios arqueológicos y etnohistóricos, que a su vez han permitido vincular tradiciones y materiales prehispánicos con familias lingüísticas y, en algunos casos, con lenguas particulares.

Un trabajo pionero fue el de Jorge A. Vivó (1946) quien, mediante una serie de mapas, expuso la idea de Wigberto Jiménez Moreno (1942) respecto a la dinámica lingüística de los pueblos que ocuparon la Costa del Golfo y el área maya. En el primero de estos mapas se señala que en el Formativo o Preclásico Inferior, en tiempos anteriores al florecimiento de la cultura olmeca, existía un continuo territorio maya a lo largo de toda la Costa del Golfo. Este espacio, en la región ístmica, fue penetrado por una cuña totonaca-zoqueana que separó al huasteco. En el segundo mapa se muestra que posteriormente una cuña de la familia otomangue de Oaxaca apartaría al totonaca de la familia mixe-zoque. En un último esquema se señala la llegada de la familia yuto-azteca. A la luz de los datos actuales podemos no estar de acuerdo con algunos aspectos de esta interpretación, pero la idea fue bastante original y ha sido la base de estudios posteriores. Otros trabajos que han ayudado a entender la situación lingüística de la región ístmica son el de Antonio García de León (1976) sobre la lengua de Pajapan; el de Otto Schumann (1978), quien también ha abordado el tema de manera extensa, especialmente en sus estudios acerca de la lengua maya chontal, y el de Lyle Campbell (1988) sobre las lenguas del sureste del estado de Chiapas.

No es posible hablar de Mesoamérica antes del establecimiento de las primeras sociedades agrícolas. Éste fue el punto que llevó a Miguel Othón de Mendizábal (1946) a trazar una frontera norteña entre agricultores y cazadores recolectores (Matos Moctezuma 1994). Problemática que también enfrentó Kirchhoff en sus estudios sobre el suroeste de los Estados Unidos y cuya solución desembocó en la consolidación de la definición de Mesoamérica, considerada ésta como un espacio de pueblos agricultores cuyo nivel cultural, producto de esa situación económica, es el característico de lo que se suele llamar civilización (Nalda 1990).

Lo que sabemos del área maya y de la Costa del Golfo en tiempos precerámicos es muy limitado, pues los estudios sobre esta etapa, al no ser tan atractivos (pese a su vital importancia), son más bien escasos y no permiten establecer una relación entre ambas regiones. Gracias a los trabajos de José Luis Lorenzo (1987) contamos con una periodización en tres etapas que cubren más de 10 000 años de la historia mesoamericana. En sus mapas de distribución de sitios se observa que en la Costa del Golfo² existen pocas evidencias de ocupaciones tempranas, quizá debido a la dificultad en la detección de estos yacimientos de difícil conservación en un ambiente sumamente húmedo, o bien por la falta de investigaciones. Por lo que respecta al área maya, los trabajos tendientes a investigar las ocupaciones precerámicas se han incrementado notablemente en los últimos años. Sin embargo, los materiales más tempranos hasta ahora recuperados no permiten establecer la identidad étnica de sus creadores.

El hallazgo de cierto tipo de puntas de proyectil permite hablar de la convergencia, durante el Cenolítico, de dos tradiciones de cazadores en la región que corre desde el Istmo de Tehuantepec hasta Panamá; una norteamericana, representada por las puntas Clovis y Folsom, y otra suramericana, reconocida por las puntas llamadas Cola de pescado. Durante los cinco mil años anteriores a la era cristiana, que forman parte del llamado Protoneolítico, varios grupos continuaron habitando estas regiones del continente y poco a poco fueron orientando su economía a la producción agrícola. Los datos para estos últimos momentos de la etapa precerámica son más abundantes y permiten aventurar hipótesis sobre identidades étnicas. Tal es el caso de la propuesta de Marcus Winter (1986), quien relaciona una industria lítica y un tipo de vida seminómada con una tradición denominada Tehuacana, a la cual vincula con la distribución de la familia lingüística otomangue.

Joaquín García Bárcenas (1982) nos habla de tres tradiciones precerámicas en el suroeste de Mesoamérica, cada una con sus respectivas tecnologías y acordes al medio que habitan. Una en los valles de las tierras altas y boscosas de Guatemala; otra, en un medio tropical, se ha identificado en Belice, y la tercera estaría representada por los llamados concheros que se localizan en la región de esteros de la costa chiapaneca.

El análisis de los materiales líticos recuperados en Belice ha permitido señalar una notable continuidad de la tecnología lítica utilizada para elaborar hachas bifaciales desde tiempos del Arcaico Tardío o Protoneolítico, hasta el Preclásico Medio, cuando se

² Con excepción de los trabajos de Richard Macneish en Tamaulipas y los de Wilkerson en la cuenca del río Tecolutla.

tiene la plena seguridad de que los habitantes de esta región de Belice ya eran mayas, razón por la que podemos creer que desde por lo menos hace cinco mil años éstos ya ocupaban ese territorio. Sabemos poco de los habitantes de las Tierras Altas de Guatemala durante estas épocas, pero se duda que hayan sido mayas. Por otra parte, nos es desconocida la identidad de la gente que explotó los bancos de molusco y crustáceos, en los esteros ubicados en la costa chiapaneca (Voorhies 1976). Poco tiempo después, en esta misma región del océano Pacífico, pueblos plenamente sedentarios iniciaron la producción alfarera de la cerámica Barra, considerada como la más antigua del sureste de Mesoamérica e identificada como una expresión temprana de la familia mixe-zoque. Carecemos de datos que permitan relacionar o hablar de una continuidad entre estas dos tradiciones, pero es posible que futuras excavaciones y el avance en la interpretación de los datos hasta ahora obtenidos nos señalen que los hablantes de mixe-zoque han ocupando esta región desde hace más tiempo del que suponemos.

Las cerámicas más tempranas de Mesoamérica

Con el establecimiento de la agricultura y el sedentarismo, al igual que en muchas otras partes del mundo, los pueblos mesoamericanos iniciaron, durante el segundo milenio anterior a la era cristiana, la producción de numerosos recipientes de arcilla modelada y cocida. Como delator principal de las primeras sociedades sedentarias, la cerámica es una de las más valiosas herramientas con las que cuenta la arqueología mesoamericana. Brinda, además de información respecto a los niveles tecnológicos alcanzados en la manufactura de ésta, datos sobre las relaciones culturales entre los distintos pueblos e inclusive algo de la ideología de las sociedades que las manufacturaron. Pero también son los miles de fragmentos de estas vasijas de cerámica los que han ayudado en gran parte a identificar tradiciones alfareras con familias lingüísticas.

Los datos obtenidos hasta la fecha nos señalan que las cerámicas más tempranas del continente se encuentran fuera del territorio mesoamericano, ya sea en la cuenca del bajo Amazonas y en las costas de Ecuador, ya en Georgia y Florida, en el sureste de los Estados Unidos. Cómo surgió y se dispersó la tecnología para fabricar recipientes de arcilla cocida en Mesoamérica es un tema que todavía no se aclara del todo.

John Clark y Dennis Gosser (1995), en su trabajo sobre la reinención de la cerámica más antigua de Mesoamérica, reconocen que alrededor de 1600 a. C. o quizás un poco antes, ya existían tres tradiciones alfareras, más o menos contemporáneas. La más antigua de ellas, extendida por las tierras altas del centro de México y Oaxaca, es la de la fase Purrón, conocida también como tradición "Rojo sobre bayo". Ésta, identificada primero en el valle de Tehuacán, se asocia con la familia lingüística otomangue y en cierta forma representa una continuidad gradual de la tradición tehuacana señalada por Marcus Winter. Las otras dos alfarerías son costeras: una, denominada Barra, en la región del Soconusco y otra, llamada Chajil, en la cuenca baja del río Pánuco. De la última contamos con pocos datos, pero según Leonor Merino, Ángel García Cook (1989) y Laura Castañeda (1989), los materiales muestran relaciones tanto con la cerámica de la fase Purrón del altiplano central, como con cerámicas de la costa del Pacífico de Chiapas.

En el litoral chiapaneco el complejo cerámico Barra se ha identificado como la más antigua expresión cultural de la familia mixe-zoque (Lowe 1975; 1989). Le siguió la de la fase Locona, en la cual vemos una mayor especialización en la factura de las vasijas y una dispersión más amplia de estos materiales cerámicos (Clark 1994). Fue quizá en esos tiempos cuando los grupos mixe-zoques, asentados en el litoral chiapaneco, se movieron hacia el Norte y ocuparon el sur de Veracruz y la porción occidental del actual estado de Tabasco, aislando de esta manera a los huastecos del resto de las lenguas mayas. Esta información es la que ha propiciado el derrumbe de la idea de que los huastecos, en una migración muy antigua de Norte a Sur, se quedaron en el territorio que ahora ocupan mientras sus parientes lingüísticos avanzaron más al Sur. Una hipótesis más reciente es la del lingüista John Robertson, quien postula una separación aún mucho más tardía del huasteco, y que éste y el chicomucelteco están más cerca del cholano y del tzeltalano de lo que suponíamos (Stuart, Houston y Robertson 1999); ideas, éstas, acordes con los señalamientos de Lorenzo Ochoa (1979) respecto a los orígenes tardíos de este grupo. Después de una revisión de los materiales arqueológicos y de una exhaustiva revisión etnohistórica, Ochoa sugiere una importante migración ocurrida hacia fines del Clásico Tardío de grupos mayas de la costa de Tabasco y Campeche hacia la Huasteca.

Hacia 1 200 a. C., en la región sur del Golfo de México habría de manifestarse la cultura olmeca, considerada la primera gran civilización de Mesoamérica y creadora de un inconfundible estilo artístico (Coe 1965a). Desde esta zona, llamada área metropolitana, se dispersó, entre un sinnúmero de expresiones más, una nueva tradición alfarera denominada cocción diferencial, la cual produjo vasijas negras de borde blanco y un patrón decorativo que incluía la imagen del "dragón", deidad principal del panteón olmeca. La necesidad de productos alóctonos impulsó el desarrollo de importantes rutas de comercio que alcanzaron áreas distantes de Mesoamérica (Piña Chán y Covarrubias 1964; Soustelle 1983).

Las influencias olmecas no sólo lograron impactar el ámbito económico, político y religioso de otros pueblos, sino el de la esfera lingüística. Así como vemos la presencia de materiales arqueológicos olmecas en un amplio espacio de Mesoamérica, muchas lenguas, según Lyle Campbell y Terrence Kaufman (1977), adquirieron préstamos del mixe-zoque. Ejemplo de ello son las palabras *pomo* para incienso, *wa* para tortilla, *nawua* para adornarse o transformarse y *kakaw* para cacao. Sin embargo, otros autores, como Karen Dakin y Sören Wichmann (2000), consideran que la palabra cacao es de origen nahua y que la presencia de la familia yuto-azteca en Mesoamérica es anterior al periodo Clásico Tardío.

El área maya, por ser vecina a la zona metropolitana olmeca, recibió fuertes influencias de esta primera civilización. Las cerámicas mayas más tempranas que conocemos son contemporáneas al esplendor olmeca, es decir, no se han registrado cerámicas anteriores al año 1 100 a. C., y la tecnología y los patrones decorativos muestran cierta influencia olmeca, lo que evidencia su origen en dicha zona (Andrews 1990). No se trata de grupos mixe-zoques colonizando el área maya —situación que no descartamos pudiera haber ocurrido en algunas regiones— sino más bien de grupos locales emulando la ideología religiosa y la nueva forma de vida política creada por los olmecas.

Hacia 900 a. C. las tradiciones alfareras que habrían de diferenciar a mayas de mixe-zoques comenzaron a tomar forma. Mientras que en el área ocupada por hablantes de mixe-zoque la cerámica negra de borde blanco obtenida por cocción diferencial continuaría produciéndose en los dos mil años siguientes, como lo han señalado Ponciano Ortiz (1975) para el sur de Veracruz y Thomas A. Lee (1989) en el suroeste de Chiapas, en el área maya se comenzó a producir cerámicas cubiertas con una gruesa capa de baño o engobe de calidad cerosa al tacto y colores brillantes. De manera especial, en los últimos tiempos del Preclásico, destaca la esfera cerámica Chicanel y sus bellas vasijas del grupo Sierra Rojo que, junto con la tradición Usulután, dieron origen a las atractivas vasijas policromadas del periodo Clásico.

Olmecas y mayas

Sin duda uno de los aspectos culturales más señalados de las relaciones existentes entre la Costa del Golfo y el área maya es el de las influencias olmecas en los antecedentes de los mayas. Muchas evidencias así lo señalan, al grado que en ocasiones algunos investigadores incluso han creído que los olmecas eran maya hablantes. Idea que aun en la actualidad revolotea en el ambiente pero que carece de fundamentos sólidos y ya no se sostiene. Lo que sí resulta evidente es la gran herencia que los mayas, por la relación de vecindad y diversos procesos históricos particulares, recibieron de los olmecas. Pero no todo lo asimilaron indistintamente, sino que debió existir cierta selección que, aunada a las innovaciones propias, permitió desde el Preclásico Medio la reelaboración y perfección de ciertos patrones culturales que alcanzaron su máxima expresión durante el periodo Clásico maya.

Un gran espacio del territorio chiapaneco y tabasqueño que ahora consideramos maya formó parte del territorio olmeca en el Preclásico. La frontera de éstos, en la llanura costera de Tabasco, quizás llegaba hasta la región del río Usumacinta. Los materiales cerámicos del Preclásico Medio muestran que los sitios de esta zona tenían mayor filiación con la región olmeca que con las llamadas Tierras Bajas Centrales del área maya. En esta zona, que forma parte de las Tierras Bajas Noroccidentales del área maya, se han reportado también ofrendas masivas de hachas petaloideas, como las de Emiliano Zapata, y monumentos escultóricos olmecas realizados con materiales locales como la estela de Mirador, en el municipio de Balancán, y el relieve del ejido Emiliano Zapata, en Tenosique.

Todas estas evidencias han permitido a Lorenzo Ochoa (1983) postular a la región del medio Usumacinta como un eslabón en los antecedentes olmecas de los mayas, sugiriendo que esta ruta era la más factible que tuvieron los olmecas para acceder a la región de El Petén. El desaparecido relieve de Xok, en las cercanías de Toniná, el hacha de Simojovel y los materiales cerámicos preclásicos de las tierras altas de Chiapas también muestran clara filiación mixe-zoque.

Otra vía de penetración olmeca hacia el área maya fue el río Grijalva, también llamado Mezcalapa o Río Grande de Chiapas, el cual nace en los Altos Cuchumatanes y corre por la Depresión Central de Chiapas hasta las llanuras costeras de Tabasco. Sitios como San Isidro, que ahora reposa bajo las aguas de la presa de Malpaso; Mirador, en las cer-

cañas de Ocozocoautla; Chiapa de Corzo, Finca Acapulco y La Libertad (este último localizado ya en la frontera con Guatemala), pueden considerarse como comunidades plenamente olmecas; el patrón de asentamiento y los materiales cerámicos así lo señalan, al menos durante todo el Preclásico Medio. Posteriormente, con la expansión de la esfera Chicanel originada en la región de El Petén durante el Preclásico Superior, gran parte de las Tierras Altas de Chiapas, de la Depresión Central y la localizada en la zona de los altos tributarios del río Grijalva, habrían de transformarse en territorios ocupados por mayas hablantes.

Por su parte, la franja de tierra que corre paralela al océano Pacífico desde Laguna Zope, en las afueras de Juchitán, hasta Chalchuapa en el occidente de El Salvador, quizá deba considerarse, al menos para esos tiempos, como una extensión del área metropolitana olmeca, dada la nutrida presencia de elementos propios de esa cultura. Lo estrecho del Istmo de Tehuantepec, con terrenos más o menos planos y surcados por el río Coatzacoalcos y sus afluentes, hicieron de este espacio un estratégico paso natural que sirvió como vía de comunicación entre la Costa del Golfo y el Océano Pacífico.³ Desde ahí, por las llanuras costeras de Chiapas y Guatemala se alcanzaban regiones distantes del ámbito mesoamericano. Ruta que los olmecas utilizaron ampliamente en sus correrías por esta región y que habrían de llevar su cultura hasta Copán e incluso hasta Costa Rica.

Durante el Preclásico gran parte del Istmo debió estar ocupado por hablantes de mixe-zoque. Posteriormente, por lo estratégico de la zona, los zapotecas se expandieron desde el Occidente y ocuparon la región de Tehuantepec. Los teotihuacanos la utilizaron como corredor cultural hacia las tierras mayas. Los huaves, cuya filiación lingüística es incierta, se insertaron en la zona de las Grandes Lagunas localizadas al sur de Juchitán, y al Oriente de éstos se ubicaron los chontales de Oaxaca. Ya en tiempos cercanos a la conquista española los mexicas convirtieron gran parte del Soconusco en una de sus provincias tributarias, famosa por su excelente producción de cacao, principal actividad de muchos de estos pueblos. Pese a tantas y tan diversas influencias, en el siglo XVI Antonio de Ciudad Real encontró hablantes de una lengua parecida al zoque en Tapanatepec, ya en la frontera de Chiapas y Oaxaca, y tres siglos después todavía se hablaba el tapachulteco en el Soconusco, último reducto mixe-zoque de esta región.

Las escrituras epiolmeca y maya

Cuando en 1907 William Holmes dio a conocer la Estatuilla de Los Tuxtles y su larga inscripción jeroglífica que incluye una fecha de Cuenta Larga, sistema ampliamente utilizado por los mayas del periodo Clásico, se pensó que esta pequeña pieza había llegado a la región de los Tuxtles procedente del área maya; 30 años después el descubrimiento de la estela C de Tres Zapotes marcaría el inicio del derrumbe de dicha idea y el reconocimiento de un sistema de escritura y de notación calendárica anterior al maya, al que Coe denominó como Sistema Ístmico o Epiolmeca. La mayoría de estas eviden-

³ Situación que seguramente está contemplada en el moderno Plan Puebla-Panamá y el establecimiento de maquiladoras en el ahora denominado corredor industrial del Istmo.

cias de escritura pueden fecharse hacia la parte final del periodo Preclásico Superior y durante el llamado Protoclásico, es decir, un lapso de casi tres siglos ubicados entre 100 a. C. y 200 después de la era cristiana.

Cuán difícil le habrá sido a Mathew Stirling (1940) convencer a numerosos incrédulos, en el inicio de la década de los cuarenta, de que la estela C de Tres Zapotes era un monumento del *bak'tun 7*, pues faltaba el numeral de este periodo en la inscripción. Habrían de pasar más de 30 años para que el hallazgo de la otra parte de la estela corroborara su lectura. Paradójicamente Gareth Lowe (1962) no tuvo mayor problema para convencernos de que la estela 2 de Chiapa de Corzo, el monumento más temprano que se conoce fechado con el sistema de Cuenta Larga, era también una inscripción del *bak'tun 7*, a pesar de que en la serie inicial faltan los coeficientes del *k'atun* y del *bak'tun*.

Otros monumentos con similar sistema de notación que pueden sumarse a los anteriores son la estela de El Baúl y las de Abaj Takalik en Guatemala, así como las de Cerro de las Mesas en el centro de Veracruz, aunque esta últimas más tardías. La carencia de glifos y numerales completos para días y meses en todos estos ejemplos propició una ligera duda respecto a si dichas cuentas largas partían del mismo punto que el sistema maya. Gracias a las dos series iniciales y al largo texto inscrito en la estela de La Mojarra ahora se sabe que ambos sistemas comparten la misma fecha era, aunque nombres de días y meses no debieron llamarse ni representarse de igual manera ni forzosamente tener un significado idéntico, situación que podemos observar en las diferencias que existen en los nombres de los meses, según las distintas lenguas mayas.

Si, como señalan algunas definiciones de escritura, ésta es la representación gráfica de la lengua hablada, las anteriores evidencias son útiles para proponer la identificación lingüística de quienes plasmaron los mensajes contenidos en estas inscripciones que se extienden desde la región de Los Tuxtlas hasta la costa del Pacífico en Chiapas y Guatemala. La tenacidad y el empeño de Terrence Kaufman y John Justeson (2001) han desembocado en la lectura de gran parte de los textos de la Estela de La Mojarra y de la Estatuilla de Los Tuxtlas, y según dichos autores los mensajes están escritos en una lengua proto-zoque. Esta identificación nos muestra lo acertado de la hipótesis de Jorge Vivó, Wigberto Jimenes Moreno y Gareth Lowe, los cuales proponen a la familia lingüística mixe-zoque como la creadora de la ancestral cultura olmeca, y que dichos hablantes han ocupado ininterrumpidamente la región ístmica desde hace más de 3 000 años.

En las tierras altas de Guatemala también existen evidencias de escrituras tempranas en El Portón y sobre todo en Kaminaljuyú, donde Federico Fashen (2001), después de analizar estas inscripciones, especialmente la contenida en la estela 10, ha señalado que los textos están escritos en una lengua cholana. Nuevos estudios y sobre todo la recuperación de mejores inscripciones en el futuro habrán de corroborar o modificar esta hipótesis.

Por otra parte, se considera que en las tierras bajas del área maya el monumento más temprano, fechado mediante una serie inicial, es la estela 29 de Tikal, erigida casi 150 años después de las fechas registradas en la región ístmica. Sin embargo, aunque carentes de series iniciales, en las tierras bajas también existen varios ejemplos de escrituras tempranas que quizás puedan remontarse hasta la parte final del Preclásico Superior, muchos de ellos plasmados de diversas maneras como en la estela 2 de Mirador, el

relieve de Ioltún en la región Puuc de Yucatán o el de San Diego en el Petén guatemalteco. De igual manera podemos encontrar glifos aislados, como los contenidos en los mascarones de estuco de Cerros, en Belice, o bien en pequeños objetos como el hueso de Kichpanjá, Belice, asociado con materiales de la fase Chicanel.

Otro género de inscripciones tempranas son las anotadas en diversos objetos de jade como la orejera en forma de concha y el hacha petaloide procedentes de Kendall, Belice, y el pectoral olmeca de Dumbarton que posteriormente fue reutilizado por un escribano maya. La revisión de estas evidencias, que llevaron a cabo Nikolai Grube y Simon Martín (2001), nos señala que muchas de ellas registran el ascenso de los gobernantes al poder y que la función de la escritura, como propaganda política, continuó en tiempos posteriores.

Teotihuacan, la Costa del Golfo y el área maya

Durante los 600 años que siguieron al inicio de la era cristiana, en tiempos del periodo Clásico Temprano, la preeminencia y expansión de Teotihuacan fue un fenómeno cultural que dejó huellas en casi todo el ámbito mesoamericano. El grado y la naturaleza de las interacciones que la gente de esta gran urbe mantuvo con cada pueblo o cultura de esos tiempos, fueron diferenciales y acordes, en gran medida, con los intereses comerciales que prevalecían entonces.

El reconocimiento de la existencia de manifestaciones teotihuacanas en la región del sur de Veracruz se inició de manera indirecta con la gran expedición de 1925 realizada por Franz Blom (1986), quien con su recorrido, que abarcó desde la región de Los Tuxtlas hasta la frontera oriental del área maya, estableció de alguna manera una conexión entre estas dos regiones. Sus exploraciones en Matacanela le permitieron conocer dos cajas de piedra, que ahora se exhiben en el museo de Santiago Tuxtla. Una decorada con conchas del género *Argopecten* y la otra con grandes cuentas circulares. En un primer momento intuyó que los elementos decorativos de estas cajas eran ajenos a la región y mostraban semejanza con la cultura azteca. Pero al notar la falta de correspondencia cronológica entre esta cultura y los materiales arqueológicos de la región, concluyó que dichas piezas estaban más relacionadas con la cultura totonaca. Más adelante se toparía con la estela de Piedra Labrada, cuya inscripción jeroglífica le causó serias confusiones. Por su mente pasó primero la idea de que se trataba de un monumento maya, más adelante menciona que pudo ser totonaca y en una nota a pie de página finaliza diciendo que el glifo principal, según Walter Lehmann, era el jeroglífico para Teotihuacan y que el monumento era tolteca (Blom 1986: 46-50 y 68).

Las excavaciones de Matthew Stirling (1943) en Cerro de Las Mesas sacaron a la luz estelas cuyas fechas están anotadas mediante el sistema de Cuenta Larga, bien estudiado para ese entonces en el área maya. Pero también se recuperaron materiales que apuntaban una relación con Teotihuacan, ejemplo de ello es el impresionante Huehue-téotl que ahora se exhibe en la Sala de La Costa del Golfo del Museo Nacional de Antropología. Posteriormente Juan Valenzuela (1945) publicó los resultados de sus exploraciones en la región de los Tuxtlas y dio a conocer la existencia de arquitectura con talud

y tablero estilo teotihuacano en el sitio de Matacapan. La cerámica recuperada también mostraba fuertes influencias llegadas de Teotihuacan.

Por estos tiempos el análisis de los materiales cerámicos, recuperados durante los trabajos del Proyecto Uaxactún, le había permitido a Robert Smith establecer el complejo Tzakol, que incluía numerosas vasijas con formas y patrones decorativos inconfundiblemente teotihuacanos. Por otra parte, en las tierras altas de Guatemala, el Proyecto Kaminaljuyú —que emprendió la Institución Carnegie de Washington entre 1935 y 1953, y el cual fue dirigido en gran parte por Alfred Kidder— puso al descubierto una fuerte presencia teotihuacana en el sitio. Desde entonces no es ninguna novedad hablar de influencias teotihuacanas en el área maya. Numerosas evidencias en varios sitios delatan este contacto con la gran metrópoli del centro de México. Ejemplo de ello son las pinturas de Xelhá, la ofrenda de Becán, la estela 31 de Tikal mandada a esculpir por Siyah Chan Kawil, mejor conocido como Cielo Tormentoso, quien menciona varias peripecias de su padre Nariz Rizada; de su abuelo, quizás un personaje teotihuacano conocido como Buho Lanzadardo, y la llegada de su tío, el polémico Rana Humeante; la estela 11 de Yaxhá, la bellas vasijas de Copán, Santa Rita Corozal, Río Azul y el llamado marcador, recuperado en un conjunto residencial de Mundo Perdido en Tikal, dado a conocer por Vilma Fialko (1987) y Juan Pedro Laporte (1989). Cuál fue la vía y la naturaleza exacta de esta presencia ha demandado cientos de páginas y la verdad continúa sin respuesta satisfactoria para muchos investigadores. En ocasiones la arrogancia del altiplano se impone, pero en otras el sentimiento localista de algunos arqueólogos rechaza *a priori* evidencias obvias.

Michael Coe (1965 b) y Paula Kroster (1981) han señalado la importancia de Matacapan como estación importante sobre la ruta que siguieron los teotihuacanos hacia el área maya; importancia que se ha fortalecido con trabajos como los de Robert Stanley, Barbara Stark y Annick Daneels, entre otros que han investigado recientemente el sur de Veracruz.

El derrotero desde la región de Los Tuxtlas hacia el área maya pudo seguir dos rutas. Una atravesaba el istmo de Tehuantepec y corría paralela a la costa del Pacífico de Chiapas y Guatemala, como lo sugieren los materiales cerámicos y los monumentos del Complejo Cerro Bernal, en los alrededores de Tonalá, Chiapas, de donde procede la estela de Los Horcones dada a conocer por Carlos Navarrete (1971). Del otro lado de la frontera de Chiapas, en Guatemala, son numerosos los sitios de la costa del Pacífico con presencia teotihuacana como han mostrado Lee Parson, Marion Hatch, Fred Bobé, Sonia Medrano y otros investigadores guatemaltecos que han trabajado esa región. Quizá desde ahí pasaron a Kaminaljuyú estas influencias teotihuacanas, paralelas a la búsqueda de control de la obsidiana de El Chayal.

Después de los trabajos de los proyectos Uaxactún y Pensilvania de Tikal, por mucho tiempo se pensó que era de Kaminaljuyú y no directamente de Teotihuacan de donde habían llegado tales influencias a las tierras bajas centrales del área maya, empero, Simon Martín y Nikolai Grube (2000) creen que más bien llegaron por una segunda ruta, la cual corría por la Costa del Golfo y, después de atravesar el territorio tabasqueño se internaba por el delta del Usumacinta para tomar posteriormente el río San Pedro Mártir y así, en lugar de atravesar todo el sistema montañoso que separa el altiplano guatemalteco de las tierras bajas de El Petén, se podía alcanzar más fácil la región de las tierras bajas centrales.

Fue también desde las llanuras costeras de Tabasco que olmecas, teotihuacanos, putunes, toltecas y muchos otros grupos tuvieron acceso a la sal que se obtenía en el norte de la Península de Yucatán. La larga secuencia ocupacional de la llamada península de Xicalango es señal de la importancia estratégica de la región.

Yugos, hachas y palmas

Durante el periodo Clásico Tardío tanto el área maya como la Costa del Golfo siguieron derroteros propios y, en cierta forma, independientes. Son bien conocidos los logros científicos, el refinamiento artístico, la monumentalidad y el barroquismo expresado por los mayas. Las culturas del centro de Veracruz, aunque más modestas, no quedaron al margen del florecimiento del Clásico y se expresaron a través de verdaderas obras maestras modeladas en arcilla, como las denominadas caritas sonrientes y las cihuateos de El Zapotal, por mencionar sólo algunas de estas magníficas terracotas. Desde esta región se difundió también el complejo denominado "Yugos, hachas y palmas", que por el norte llegó hasta El Tajín, y por el sureste se extendió por la costa del Pacífico de Chiapas hacia Guatemala y El Salvador, donde son numerosos los ejemplos de estos artefactos. Por las llanuras costeras de Tabasco algunos de éstos alcanzaron Comalcalco y otros llegaron hasta Palenque. Sin embargo, en esta parte de las tierras bajas noroccidentales del área maya son más bien escasos si se les compara con Guatemala y El Salvador.

Se cree que estos instrumentos, atributos de los jugadores de pelota, son representaciones en piedra de artefactos elaborados originalmente con materiales perecederos, esculpidos para fungir como ofrendas funerarias, pero su autoría resulta más polémica. Lorenzo Ochoa, Jürgen Brüggemann, Sara Ladrón de Guevara y otros autores han señalado que hasta hace poco muchas manifestaciones prehispánicas de Veracruz fueron atribuidas erróneamente a los totonacas, pero las evidencias existentes señalan que el Totonacapan no fue un espacio tan extendido y que totonacas y tepehuas ocuparon tardíamente la región y no pueden ser sus autores. También se ha postulado la existencia de un grupo denominado pipiles-tajinizados como los difusores del complejo yugo, hacha y palma hacia Centroamérica, aunque se carece de una plena identificación étnica de estos grupos.

Después del derrumbe del Clásico terminal o Epiclásico, cuando el territorio mesoamericano fue escenario de un activo movimiento y reacomodo de pueblos, así como de la inserción de nuevos grupos, la Costa del Golfo, el área maya y la región del istmo no fueron ajenas a estos sucesos. Las cerámicas de pastas finas se distribuyeron en un amplio espacio de la costa desde Veracruz hasta Yucatán. El foco de dispersión se ha localizado en las llanuras costeras de Tabasco y al grupo chontal como el portador y dispersor de estas cerámicas a través de complejas y amplias rutas de intercambio.

El eclecticismo de estos momentos propició la existencia de expresiones similares en Xochicalco, Cacaxtla, Teotenango, Cholula, El Tajín, Ceibal y el estilo arquitectónico Puuc. En el área maya se aduce que se trata de mayas mexicanizados, mientras que en el altiplano se aduce que son mexicanos mayanizados. Sea como fuere, la zona que fun-

cionó como corredor, en ambos sentidos, de estas manifestaciones fue siempre el istmo de Tehuantepec. Situación que continuó durante el Posclásico y en tiempos coloniales.

Se tiene alguna certeza de que los creadores de la cultura olmeca, hace tres mil años, eran hablantes de mixe-zoque, y que mil años después la información anotada en el sistema epíolmeca fue escrita en una lengua zoqueana, y se sabe asimismo que durante la época colonial y contemporánea, aunque separados por otros grupos, los mixes-zoques continuaron y continúan habitando esta región. Qué sucedió con ellos durante los mil años que transcurrieron entre el Clásico Tardío y el Posclásico, es una pregunta que aún está en el aire,⁴ pero no es aventurado suponer que sean los autores de muchas expresiones culturales del centro de Veracruz.

La breve revisión que aquí hemos presentado nos muestra, en fin, que el área maya y la costa del Golfo son hilos de una misma urdimbre cultural, la de la gran tradición mesoamericana. Pero la trama tejida por el tiempo, los espacios, los sucesos y la dinámica cultural de los distintos grupos humanos que ocuparon y que ocupan estas regiones de Mesoamérica, día a día le imprimen un rostro multifacético, complejo, atractivo y susceptible de ser analizado desde distintas ópticas.

BIBLIOGRAFÍA

Andrews, E. Willys

- 1990 "Early Ceramic History of the Lowland Maya", en *Vision and Revision in Maya Studies*, F. Clancy y P. Harrison (eds.), pp. 1-19, Albuquerque, University of New Mexico Press.

Armillas, Pedro

- 1951 "Tecnología, formaciones socioeconómicas y religión en Mesoamérica", en *Selected Papers of the XXIX International Congress of Americanists*, vol. I, pp.19-30, Chicago, University of Chicago Press.

Bernal, Ignacio

- 1950 *Compendio de arte mesoamericano*, México, Ediciones Mexicanas (Enciclopedia Mexicana de Arte, 7).

Blom, Frans y Oliver La Farge

- 1986 *Tribus y templos*, México, INI (Clásicos de la Antropología, 16).

Campbell, Lyle

- 1988 *The Linguistics of Southeast Chiapas, México*, Provo, Utah, Brigham Young University (Papers of the New World Archaeological Foundation, 50).

Campbell, Lyle y Terrence Kaufman

- 1976 "A Linguistic Look at the Olmecs", en *American Antiquity*, núm. 1, vol. XLI, pp. 80-89, Salt Lake City.

⁴ El conocimiento de esta familia lingüística es tan deficiente que en el Museo Nacional de Antropología no se le ha encontrado una ubicación correcta. Mientras mixes y zoques se mencionan someramente en la sala etnográfica de Oaxaca, los materiales olmecas se exhiben en la sala del Golfo, y los popolucas como si no existieran.

- Castañeda, Laura
 1989 "La cerámica del Formativo en la cuenca baja del Pánuco", en M. Carmona (coord.), *El Preclásico o Formativo. Avances y perspectivas*, pp. 119-142, México, INAH.
- Clark, John E.
 1994 "The Development of Early Formative Rank Societies in the Soconusco, Chiapas, México", Ann Arbor, University of Michigan, tesis de doctorado.
- Clark, John E. y Dennis Gosser
 1995 "Reinventing Mesoamerica's First Pottery", en W. Barnett y J. W. Hoopes (eds.), *The Emergence of Pottery. Technology and Innovation in Ancient Societies*, pp. 209-221, Washington, Smithsonian Institution Press.
- Coe, Michael
 1965a "The Olmec Style and Its Distribution", en *The Handbook of Middle American Indians*, vol. 3, pp. 739-775, Austin, University of Texas Press.
 1965b "Archaeological Synthesis of Southern Veracruz and Tabasco", en *The Handbook of Middle American Indians*, vol. 3, pp. 679-715, Austin, University of Texas Press.
- Dakin, Karen y Sören Wichmann
 2000 "Cacao and Chocolate. A Uto-Aztecan Perspective", en *Ancient Mesoamerica*, núm. 11, pp. 55-75, Cambridge University Press.
- Fahsen, Federico
 2001 "De los cacicazgos a los estados en las Tierras Altas de Guatemala", en N. Grube et al. (eds.), *Los mayas. Una civilización milenaria*, pp. 87-95, Colonia, Könnemann Verlagsgesellschaft.
- Fialko C., Vilma
 1987 "El marcador de juego de pelota de Tikal. Nuevas referencias epigráficas para el Clásico temprano", en *Memorias del I Simposio Mundial sobre Epigrafía Maya*, pp. 61-80, Guatemala, Ministerio de Cultura y Deportes/Instituto de Antropología e Historia de Guatemala/Asociación Tikal, Guatemala/National Geographic Society.
- García-Bárcena, Joaquín
 1982 *El precerámico en Aguacatenango*, México, INAH (Col. Científica, 110).
- García de León, Antonio
 1976 *Pajapan. Un dialecto mexicano del Golfo*, México, INAH (Col. Científica, 43).
- Grube, Nikolai y Simon Martin
 2001 "The Coming of Kings. Writing and Dynastic Kingship in the Maya Area between the Late Preclassic and Early Classic", en *Notebook for the XXV Maya Hieroglyphic Forum at Texas*, Austin, The University of Texas at Austin.
- Holmes, William
 1906 "On a Nephrite Statuette from San Andres Tuxtla, Veracruz, Mexico", en *American Anthropologist*, vol. IX, pp. 691-701, Lancaster, California.
- Jiménez Moreno, Wigberto
 1942 "El enigma de los olmecas", en *Cuadernos Americanos*, núm. 5, pp. 113-135, México.
- Kaufman, Terrence y John Justeson
 2001 "Epi-Olmec Hieroglyphic Writing and Texts", en *Notebook for the XXV Maya Hieroglyphic Forum at Texas*, Austin, The University of Texas at Austin.

Kirchkoff, Paul

- 1943 "Mesoamérica", en *Acta Americana*, núm. 1, vol. I, México.
1954 "Gatherers and Farmers in the Greater Southwest. A Problem in Classification", en *American Anthropologist*, núm. 56, vol. 4, pp. 529-550, Menasha.
1960 "Mesoamérica. Sus límites geográficos, composición étnica y características culturales", en *Suplemento de la Revista Tlatoani*, México, ENAH-Sociedad de Alumnos, 2ª ed.

Kroeber, Alfred L.

- 1939 "Cultural and Natural Areas of Native North America", en *Publications in American Archaeology and Ethnology*, núm. 38, pp. 1-242, Berkeley, University of California Press.

Krotser, Paula H.

- 1981 "Veracruz, corredor hacia el sureste", en E. Rattray, J. Litvak y C. Díaz (eds.), *Interacción cultural en México central*, pp. 175-185, México, UNAM-IIA.

Laporte, Juan Pedro

- 1989 "Alternativas del Clásico temprano en las relaciones Tikal-Teotihuacan, grupo 6C-XVI, Tikal, Petén, Guatemala", México, UNAM, tesis de doctorado.

Lee, Thomas A.

- 1989 "La lingüística histórica y la arqueología de los zoque-mixe-popolucas", en *Memorias de la I Reunión de Investigadores del Área Zoque*, pp. 7-36, Tuxtla Gutiérrez, Universidad Autónoma de Chiapas.

Lorenzo, José Luis

- 1987 "La etapa lítica en México", en *Antropología. Boletín Oficial*, núm. 12, pp. 16-20, nueva época, México, INAH.

Lowe, Gareth

- 1962 "Algunos resultados de la temporada 1961 en Chiapa de Corzo, Chiapas", en *Estudios de Cultura Maya*, vol. II, pp. 185-196, México, UNAM-IIFI-Centro de Estudios Mayas.
1975 *Preclassic Barra Phase of Altamira, Chiapas. A Review with New Data*, Provo, Utah, Brigham Young University (Papers of the New World Archaeological Foundation, 38).
1989 "Los mixe-zoques como vecinos rivales de los mayas en las tierras bajas primitivas", en R. Adams (ed.), *Los orígenes de la civilización maya*, pp. 219-274, México, FCE.

Matos Moctezuma, Eduardo

- 1994 "Mesoamérica", en L. Manzanilla y L. López Luján (eds.), *Historia antigua de México*, vol. I, pp. 49-73, México, INAH/UNAM/Porrúa.

Martin, Simon y Nikolai Grube

- 2000 *Chronicle of the Maya Kings and Queens. Deciphering the Dynasties of the Ancient Maya*, Nueva York, Thames and Hudson.

Mendizábal, Miguel Othón de

- 1946 "La evolución de las culturas indígenas de México y la división del trabajo", en *Obras completas de Miguel Othón de Mendizábal*, vol. II, pp. 433-440, México, Talleres Gráficos de la Nación.

Merino, B. Leonor y Ángel García Cook

- 1989 "El Formativo en la cuenca baja del Pánuco", en M. Carmona (coord.), *El Preclásico o Formativo. Avances y perspectivas*, pp. 101-118, México, INAH.

- Michelet, Dominique
 1992 "¿Están las culturas mesoamericanas condenadas a ser huérfanas?", en *Trace*, núm. 21, pp. 84-87, México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- Nalda, Enrique
 1990 "¿Qué es lo que define Mesoamérica?", en *La validez teórica del concepto Mesoamérica. XIX Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, pp. 11-20, México, INAH (Col. Científica, 198).
- Navarrete, Carlos
 1976 "El complejo escultórico del Cerro Bernal en la costa de Chiapas, México", en *Anales de Antropología*, vol. XIII, México, UNAM-IIA, pp. 23-45.
- Ochoa, Lorenzo
 1979 *Historia prehispánica de la Huasteca*, México, UNAM-IIA.
 1983 "El medio Usumacinta. Un eslabón en los antecedentes olmecas de los mayas", en L. Ochoa y T. A. Lee (eds.), *Antropología e historia de los mixe-zoques y mayas*, pp. 147-174, México, UNAM-IIFI-Centro de Estudios Mayas/Brigham Young University.
- Olivé, Julio César
 1958 "Estructura y dinámica de Mesoamérica", en *Acta Anthropologica*, núm. 3, vol. 1, 2ª época, México, ENAH.
- Ortiz Ceballos, Ponciano
 1975 "La cerámica de los Tuxtlas", Xalapa, Universidad Veracruzana-Facultad de Antropología, tesis de maestría.
- Palerm, Ángel
 1955 "The Agricultural Bases of Urban Civilization in Mesoamerica", en H. Steward *et al.* (eds.), *Irrigation Civilizations. A Comparative Study*, pp. 28-42, Washington, Pan American Union.
- Piña Chan, Román
 1960 *Mesoamérica. Ensayo histórico cultural. Memorias VI*, México, INAH.
- Piña Chan, Román y Luis Covarrubias
 1964 *El pueblo del jaguar. Los olmecas arqueológicos*, México, INAH.
- Schumann, Otto
 1978 "Consideraciones sobre el idioma chontal de Tabasco", en L. Ochoa (ed.), *Estudios preliminares sobre los mayas de las tierras bajas noroccidentales*, pp. 91-105, México, UNAM-IIFI-Centro de Estudios Mayas.
- Soustelle, Jacques
 1983 *Los olmecas*, México, FCE.
- Stirling, Matthew W.
 1940 *An Initial Series from Tres Zapotes, Veracruz, Mexico*, Washington, National Geographic Society/Contributed Technical Papers (Mexican Archeology Series, vol. I [1]).
 1943 *Stone Monuments of Southern Mexico*, Washington, Smithsonian Institution/Bureau of American Ethnology (Bulletin, 138).
- Stuart, David, Stephen Houston y John Robertson
 1999 "Classic Mayan Language and Classic Maya Gods", en *Notebook for the XXIII Maya Hieroglyphic Forum at Texas*, Austin, The University of Texas at Austin.

- Valenzuela, Juan
1945 "Las exploraciones efectuadas en los Tuxtles, Veracruz", en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, t. 3, 5ª época, pp. 83-107, México.
- Vivó, Jorge A.
1946 "Rasgos fundamentales y correlaciones culturales de Mesoamérica", en *México Prehispánico. Culturas, Deidades y Monumentos (Antología de Esta Semana-This Week, 1935-1946)*, pp. 71-74, México, Emma Hurtado.
- Voorhies, Barbara
1976 *The Chantuto People. An Archaic Period Society of the Chiapas Littoral, Mexico*, Provo, Utah, Brigham Young University (Papers of the New World Archaeological Foundation, 41).
- Winter, Marcus C.
1986 "La dinámica étnica en Oaxaca prehispánica", en A. Barabas y M. A. Bartolomé (coords.), *Etnicidad y pluralismo cultural. La dinámica étnica en Oaxaca*, pp. 97-141, México, INAH.
- Wissler, Clark
1922 *American Indian*, Nueva York, Oxford University Press.